

H. A. MURENA

# FOLISOFIA



MONTE AVILA EDITORES, C. A.

© MONTE AVILA EDITORES, C. A.  
Caracas / Venezuela

Portada / Juan Fresán  
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

MAMÁ nació otogenaria. Sí: otogenaria. Porque quí solo ¡ansí y ya! ¡Vaya genio de la otogesimidade! Que heredara del su padre, por capricho de nobilesa también a los ochenta nascido.

Memoraba la vieja ante nosotros los sus hijitos el parto que la parira y el recuerdo sonreíbale, la popila teñiale de húmeda vanidad. Pues diz que cuando ella salióse del estógamo o pancsa de la su madre ésta quedóse tres semanas en los pisos desenfada y desmarrida y sin bullir, chata coal cinco de queso o pasa de uva que pie pisara pfff pfff pfff. ¿Y cómo menos cuanto que habiase deshecho de tamaño feto de uno ochenta de estatura y setenta kilos de peso que durante meses habíala estirado hasta la mananimida del doble? Ansí la partorienta tardaba en rejuntarse con su antigua identidad. Endemiente que el padre, el mi aboelo, a la risa que te reirás, satisfecho por el efeto que su semilla condal operaba en la consorte tendida que era mojíer de pueblo.

Ahorrábase de tal suerte la mi alumbrada madre engüerros tales como el crecimiento, la niñera, el chopete y tirocinios otros de varia índole. Pero no créase que todo fue para ella hojaldre y festevidades, no. Que vino al mundo vestida, vino, de puro edocada y decente. Mas ¿no se le

osidó allá en aqueles aguas el camafeo de bronce en que todavía non atesoraba la imagen de cualcún de sus maridos? Si ya a la hora de dar el primer vagido hubo de ponerse a polirlo con gamucas. . . Y, como era garande, tenía que limpiarse por sí mesma los pañales: ella se los cagaba y ella se los lavaba. ¡Fijaos si no es esforcado en una recién nacida!

Estonce ese mesmo día el su padre, en viéndola tan bien plantada y porque la hambre lo arroinaba, mandóla de sopetón a que le comprase cualquier charcutería. Y por las calles mamín buscó y buscó, aunque no sabía casi un pepino de nada. Encontró a la postre la tienda y mucho rogaba y pedía, mas el carnicero negósele y hasta echóla a la calle a empellones. Hubo de volverse con las manos sólo de lágrimas llenas. Y el su padre tomultosamente interrogábala, que por qué no habíale traído las morcillas, que por qué no habíanle fiado, que por qué non afanara. Cuando oyóla hablar para esplicarse, toda la su aristocracia truenó en un:

—¡Mal ray que parióte, rapaza endiablada!

Frase que mamucha por largo no le perdonaría, ella nos contaba. Pero que tenía la su esplicación en el nóbile aboelo, sin contar la hambre chasqueada: el idioma que mamá trajese en el equipo natal no era el csulú, ni el albaníes ni el chucrute ni el seneicse ni mucho menos el chin, sino ¡el ganglio! ¡El ganglio! Faba que non aveniase con nienguna de las avenidas de iste mundo. Et allí estábase la póbere con su metro ochenta latiendo, estallando, fricando en la vana espresividade de los gang y anglí y kanglt y glangléguc, locas caballerías con las que disparábase hacia los quovadis más negros. ¡Imaginaos al mi aboelo y estonce padre!

—¡Sí! ¡Kikirikí, nena! —dixole, pronto para la respuesta.

Y por delicadeza indiscriminada csampóla de morros en la castilla. ¿Sabéis en cuánto tiempo se emparejó con ese idioma hespánico para ella desconocido? En dos semanas: al mes sonaba como refranero vivo. Al año, disionario de utoridades. Tal era todo en la mi mamá que tuve: ¡genial! ¡Mama. . . , mamá. . . ! Irrefrenables, tomultuosas foerzas, agitan, comprimen, estrujan mi glándola cordial. ¡Veo a la mi madre! Debo describros la tal como se me presenta en la eternidat de su apariencia perecedera.

Hela aquí.

Notad el longuísimo cogote descarnado, invidia para una gallina en agonía. Los aún brillosos ojos marillentos derramándose en su estrabismo sobre universos siempre desaparecidos. Admirad la dinamismo de su bustos, del tronco lancsado con fermesa hacia lante, paralelo al piso, en ángolo reto impecábile, gracias a una fortunosa artrosis congénita. Ansí avanca primero la cabeça, gentil premicia en la que se encasqueta hasta las cejas un coqueto sombreroito de paja negra, endemiente que dos considerables orejones con aire de hojas moertas cuelgan su enima a los costados. Y oíd la música: el silbido leve aunque poncsante que, junto con una tenue rocío de saliva, acompaña cada sublime palabra que entona la su boca de peje. Considerad la picara femineidad con que el chal constelado de caspa se abre para mostrar en el cogote el lunar borra de vino que una mata de pelos rialza. ¡Y la gracia de los muevimientos! Ese baile que es la vida mesma, ese andar renqueante, a saltitos, nascido de la rotura del hoeso fémor, capacs de encender las más flegmáticas pasiones. . .

¡Mamá!

Consínoos al puncto que, sin desnaturalizer su mesmedad mesma de otogenaria, mamá pluguíase en la variasión.

Ora íbase hasta la cima de los ochenta y cinco y las mejillas, el mentón, inclóida la dentadura postisa innata, temblábanle en forma esquesita cual durasnos pasados a los que bastaría poca mirada foerte para que convirtiéranse en podre líquida. Ora abajábase hasta la sima de sus básicos ochenta y en el lunar del cogote crecíale más y más la pelambreira, la caspa renovada nevábale en poiéticos raudales, los orejones diríase cantábanle al tornarse traslócidos como pasas de pera. . . ¡Ah devina! ¡Ah sedutora!

Hermosura, manético garbo, páganse en tasa al destino malo. Súpolo mamín, que muy al prencipio probó tragedia de las pasiones que levantaba.

Contescióle así que un mancebo del entorno prendóse de ella, no por genérica gerontofilia folminante, sino, por vero amor de quilate sin ganga, amor por ella con el su metro ochenta, la su artrosis, el su lunar y hasta el su sombrero de paja, combustión de mil trescientos grados centígrados por esa creatura única, sin duda que caba. Pero mamoché no tenía los hornos para aqueles bollos. Erase que haría sólo unos trece o catorce años desque paseábase por los valles deste mundo y veía aún inconveniencia en entregarse al traqueteo sentimental. Cuantimás que mamá, para proteger y disimular la fiacura nóbile del roncar a pata suelta de los sus progenitores, sobvenía a las necesidades de la casa mediante la atividad para la que, merced a la artrosis, parecía haber llegado fonicionalmente mejor dotada, o sea lavando y planchando las ropas de un barrio entero. Y el chaval su apasionado ¿qué érase que era? ¡Érase que era basurero! Mogre sacábala la una y traíbala el otro. De modo que medid el quebranto que daríale a mamán cuando veíalo comparecer todo mogriento en medio de la alburra de sus lienzos, bragas y calsoncillos. . . Y sobre el

quebranto de la higiene soltábale él cualcún de sus requiebros:

—¡Dam bolilla, momiecita, o revient!

Replicábale ella con ciertos airados ternos en ganglio:

—¡Klangt, klangt, klangt!

Y maguer sonáse mamá igualita a tranvía eléctrico que viénese encima, el mogriento insistía con su fabla pasional:

—¡Mi casa será el museo que necesitás, apolladit de foego!

¡Y quién lo paraba! Vedáronle el paso truncando la cancel y por los fondos proponíase él con su llameante palabrada. Gimió estonce la madre de la mi madre que de esa suerte la pudicicia de la su hija percodiríasele, gemía. Y espulsó el mi aboelo al chaval a patadas, que así la hija no trabajábale, rugiba, aunque érase más por celo, que él como a la distraída gozábale los días noblados en sobarle con rijo el trasero. Mas ¿quién paraba al chaval? ¡Desde lo hondo del tacho de inmundicias, coal la Venus que surgiése de las aguas, comparecióse depués en contrabando este galán sincero! Y allí fue el escopetaso del padre y conde. Y allí la gran escapada por milagro ilesa del basurero.

Oyéronlo más pronto noctes enteras desde la calle cantare su maldichada pasión con acompañamento del dulce instrumento músico llamado guitarra. Pero oyéndolo desoyéronlo, minoráronle el corazón. Hasta que hubieron de volver a verlo.

Descuelgóse una tarde el hombre de los techos. Madre al columnarlo suspendió el trabajo, tornóse piedra en ángulo reto. ¿Qué se pasaba? El mogriento traíba la color de la cara muy quebrada. ¡Hasta locía limpísimo! Miraba de fijo a mamín, mas habíasele consumido el juicio, embolismado la

sesera, desde farfullando non atinaba a encarnar palabra sana. Con facha astral y fiera desenfundó una birillante coquilla y, coal si la arma inyetárale loca templanza, dióse a hablar. Al colegir los desinios del galán la cara cubrióse a mamota de mador frío, el cuerpo tucto echósele a rilar, maguer lo estival del día aquele. Le entregaría el su corazón, musitábale el basorero, para que así en sangre y tebieza y tremor comprobáse que era suyo lo que no había querido aceptar. Y desnudábase la torso y en el pecto cavábase impertérrito un entrat. Ante tanta ferocia madre no sabía si desmayarse o reacionare. Endemiente la sangre manaba y manab y, apartando una costella, el hombre ya casi teniba su corazón en la man. . . Pero mameta no ansiaba ese músculo con fatalidade y echóse a cridar espantabilement hasta que acudieron los sus progenitores. Al mesm tiempo el mancebo rodaba por los soelos, con el cor aún puesto, que las sabias costellas impedíanle se lo sacar.

No acabábase lí esta hestoria de neras y rojas tintas. Con hierros y pócimas, con cirojanos y barberos, cosido y salvo del cuerpo fue el noblado chaval. Mas la nobe de la mente ¿quién se la espiantaba? Conque en tornando del salutífero, el basorero descolgóse garaganta abajo medio litro de sublimado corrosivo. A tal nienguno haríale ya nada. Y como el ácido heríalo a lo vivo y morfábale cada vez sol una poquita muy chiquitica de organésimo, trascurrió sus últims quince días de vacasciones de tumba profiriendo exemplaris alaridos, que en la casa contiga hincáronse coal espinas de una corona en la doliente cabeza de mamucha.

Habéis visto pues la estrella aciaga que subióse sobre el oriente mesmo del amor de la mi madre. Timóla y mistificóla hasta tal punto con su luz traidora que, fablada por tant desdicha, mamín decidióse a tapar bajo el manto de la re-

legión sus atrativos peligrosos y alversos. Y no hubo tu tía que el conde esgrimiese, asemblado con la condesa, que que regaláranle el escudo de la familia, que que que entregaríanla al joez de menores, que que que que tuviese piedade dellos, que que que que que mesmo trabajarían un poquitín: ni chis ni mis. Allá marchóse con su dansarino paso tic toc tic toc tic toc.

Carrento

Acogióronl con alborocso las monjitas, que en tiempos de ateísmo andaban cortas de vocaciones júvenes. Observáronle con otra mira el ángolo reto de la artrosis, con lo que desde los maitines estábase pelando papas, ciebollas, gallins, cabezas de monjetas peloslargas, nabos, plumeros, barras de ferro pelara si poníanselas ante, narrábanos mami. Cualcunas de las hermanitas eran unas carantoñas capaces con su sola fealdade de provocar la descompostura de la tripa. Otras, jóvenes saltabarrancos que non dejaban de aspar y cotorrear. Mas, aunque una vez que balaban una ronda en el hoerto del claustro casi la enderecsan, lo coal valiba quebrarla, mamín sentíase felis, pues no había dellas intención malina.

Una cosica sola pertorbábala con su cosquilleare. Tratábase de una diferencia en el conceto relegioso. Mamín quería la comunione y la abadesa medíbala de arribabajo con la mirada y declarábale que a ella conveníale de orgencia la estremaunción. Érase la superior mojiar de músculo y boso abigotado, naris rapás, ojo de nero foego, enjuta de cintura y manánima de ispaldas, cuya fabla de común sintetisábase en cuatro golpes de la contera del su bastón contra las soelos. Mas no íbale a la saga madre en empeño

temperamental. Modo que estuviéronse largo en los conque quiero comulgare y mirá que te escomulgo y a mí me dan la hostia y sométete a la estrema que buena falta te hace. Mamán por último acatósele a la superior, que ella sere nuevicia. Esa noche, cuando todo rumor húbose dormido borrach de socño, la superior ordenóle a matre que tendiérase en la catrera, con lo que mami quedábase con las patas un poco parriba, los carcañares volando. Entonces asperjólla con varias salvas de latinasjos, ontóla con los santos óleos, masajéandola de coerpo enter, coal si tratárase de medecina para el rumatism, y era para la alma. Intimóla loego a que cerrase los ojos en respeto por lo que veniba y, endemiente arresciaban y desboradábanse los latines, mamán sintió cosa dur, más pronto identificada con el tallat mang del bastón de la abadesa, cosa dur que en la entrepiera trabajábale las partes de lí. El sacramento aquele dijérase poseía mil dedos buens, que rancábanle de la tripa delicia erránea y sutil. Mas acresciáce aquele mar poderosa, loqueciásce la agua quieta, adentrábase y dentrábase el elemento en el ser de mamán, hasta que sintióse morir de misticismo y, en tanto esalaba quedos aollidos, y felecitábase de fenecer así en la relegión, rindiósele el ánimo unos istantes. Agora perdió la vergineidad, nadie en form más pía.

Vuéltole la ánimo, vio a la luz de los ojos de la abadesa, que folgían en lo escuro igual a bombilas de quinientas bojías, vio que ésta hallábase cabe la catrera compeletamente en pelota, eceto el bastón que empuñaba, e inquietóse que no resultara aquello hórrido rito pagano. Demandóle estonce a su superior poroqué descaesciérasele antán el ánimo y poroqué resultábase ella tan desperendida de prendas. Encamándose junto a mamín, acalmóla la abadesa, revelóle que lo que sufriese fuera la pequeña moerte

que para moerte grande y buena preparaba. Añadió que metíbase en el leto a causa de que también ella sentíase precisada de una poca de estremaunción. Así ordenóle a mamucha que impartíerásele con la mano. Y al precncipio guiaba la esperta a la nuevicia. Mas al fin la múnaca echóse a plorar y convulsíase por la fe sacudida.

Narrábanos madre que como la felicidad no cabe en cuenta ni número no sabía cuánto tiemp pasárase en aquele claustro. Cascuna cumplía con los sus laboros especiales, dansaban más luego y siempre cantaban en coro canciones sacradas. Qui zás si protegíbala a mamín un poquitico la superior por eso de las estremaunciones a que ella habíasele acatado. Pero éranse noctes especiales con fiestas de guardar en que la abadesa convocaba a cualcunas otras hermanitas y con fervor unas a otras impartíanse las estremas. Y a éstas empero luego no mesquinábales cualquier bastonaso. Qui zás qué sería. El caso es que mamín gosóse meses y años de inmaculada existencia relegiosa.

Repentinamente, sin embargo, como con estrumpido de rayo y trueno, otra luz hisose en mamоче, que no la de las bombillas de quinientas bojías de la abadesa. Reclamábala el mundo en porción de gloria que le pertenecía. Y malgrado la múnaca abadesa que cridaba, mamán salióse abante con su maletín y el tranco largo de la alegría: trocotroc triquitric trocotroc.

Los condales y de pro genitores a dormir otras siestas, las indespertables, habíanse endemiente marchado. Virtióles mami la agua tibia y salobre de la filiación y, contemplando los suelos en derredor, conosció que estaba sola.

La necesitat mirábala ceñuda, la orfandad empujábala patrás y palante, el desconcierto mordiale el lobanillo de

la oreja esquierda: se curar debía. Agora, mementaba mamá, conchabóse de criada de calesquier servicio en una casona millonariamente empingorotada. Y allí la explotación, que ella no notara en su candor de nóbile precapitalista. Que súbame y que bájeme, que límpieme y que enróñeme, que tróteme y que galópeme, que cuésame y que cósame. Érase el día entero, desde la alba hasta la medianoche, de la scvicia del servicio doble y pleno. Estábase mami sorbiendo su pitansa del suelo de las cocinas, que el personal no gastaba plato ni utensillo otro, cuando clamábala la ama, que vestíase toda con laminillas de oro, para que fuese a rascarle la cola a la víbora pitón, el su animal doméstico preferido. Abajábase madre las bragas para echarse una meada en el lógobre escusado, cuando sin escusa ni meada debía correr a ayudar a la señora a limpiar al su señor, que se abría con una llavecica por la espalda y estaba vacío, salvo las basuras que la señora le poniba adentro.

Descabalada por el trajín, decíanos mami, ocultábasele mesmo la intelección del trauma que padecía. Hasta que requebrósele el ayudante de cocina, sagal más negro que la pes, que oficiaba en los feriadados de bombero voluntario, acaso por la afinidad ínea de su pellejo arrebatado. Y reque-ríala y zureábale y golpeábale a la puerta de la noche, con toda la calor de homme de cocina e incendio. Mamán, que de sus monstruaciones concluía que la solitud sangrábale asas por la entrepierna, mamán a quien la olor de la catinga gostábale un poquitín en las narinas, mamán, libre de prejuicios sociales, raciales o relegiosos, abrióle al fin al trémulo tizón la puerta no sólo de su desván. ¡Y cómo entrara, más tierno que la estremaunción y más piafante que veinte caballerías!, sonreíbase mamu. Idolatráronse con tanto desenfreno que cuando enredábanse en el nudo aman-

cial a los dormidos habitantes de la casa, incluyendo a la víbora pitón, sin que lo alvirtieran enrisábanseles todos los pelos. Así el servicio cobrióle también la noche, pero de borracha dulcúra.

Popular de orígenes y cuantimás morocho de la color, el cocinerete tenía aguda la mirada de la alcantarilla y soblevábase por la trata que los adinerados daban a mami, estonce la su pasión. Bufaba el fogoso bombero voluntario y descaragaba golpes contra el suelo y escupía por las ventanas de la indignación. Narró mama que ella procuraba calmarlo dándole capirotasos en la verga y en los compañeros, pero que no avalaba el arteficio desde su galán soliviantábase más con ello. Sumad que una noche, fuere porque el contubernio descarajóse al extremo, fuere porque el material hallábase carcomido, una noche al maestro tizón mami partiósele en cuatro partes. Repuesto el orden non sin cualquier batahola, que el nero la anatomía no sabíasela mucho, reclamó que aquello era por la brutesa con que sarandeábansela los poderosos, que así su mojier no estaba en condiciones de morder ni el choclo hervido y que patatí que patatá. Allí afirmóse en alcjar a madre de tal casa y manumitióla de la servitud.

Alquiló el moreno una chabola, condújola a mami a los altares y latiales el cuer al unísono con música de relós celestial. Industrioso tizón por las calles, si vendía peje las más de las veces pútrido, no escatimaba la dinámica interior y a fuerza de entrar y salir dejóla a la vieja preñada del primogénito de mis hermanos. Deshecho que se hubo la cinta de la barriga de mi madre, humedecido el bautismo y mordido el confite del casal perfeto y frutecido, mamán notó en el su consorte fenómeno muy feo. A cada que que ella parlábale, caibanle al homme de lo interno unos

grises pedasicos. E interrogábalo y el negro lo más cam-  
pante replicábale que sentíase muy bien, tanto de la alma  
como de las carnes, maguer lo algo oscuro de éstas. Mas  
prolongábase el fenómeno y mami, golpeándolo, oíalo en más  
y más hueco. ¡Hasta que dióse contra la cuenta esata de la  
razón! ¡Y qué golpe sofriera la mamá mía! Palidescía al  
contárnoslo, sin mengua de los años pasados. Pues desco-  
briera entonces que ella, ella misma, la hija del conde, jera  
una embalamadora de hombres! A las mientes vínosele  
cual dardo aciago el recuerdo de la su ama y del su hueco  
marido. ¡Y ella con el mismo poder aleve! Como con ter-  
nesa y sonrisilla y carisia y arrullo, mas inesorables, parlo-  
teando y tirando y golpeteando y retorsiendo, iban las mo-  
jieres dejando a los hombres en el adentro vacíos y luego,  
igualitos a los que fueran, ¡marchaban por el mundo em-  
balasamados y peremidos! En el cogollo de aquel calofriante  
secreto que descubriera consolábala a madre saber que casi  
toda mojíer, aunque non fable dello, hácelo, que no era  
sola ella. Pero alvertíanos a nosotros los sus hijitos con  
harto empeño que miráramos a los hombres por separado y  
también en las juntas dellos, como en partidas de balompié,  
celeberaciones patrias y quilombos, para que los descubrié-  
ramos embalamados y autómatas. Peor cridábanos empero  
sobre el cuidado que, ya mayorcitos, debíamos poner al  
acercarnos a hembra qualquiera por este risco grande. Cri-  
daba tanto estonce que casi se enderecaba.

Que mojíer como ella estraño seríase que encontráramos,  
preveníbanos. Pues nostante consolárase ella de no ser sola  
en el defeto, no consolábase de socavar al su amado catinga.  
Meditó endemiente el hombre perdía y perdía sus peda-  
sicos. Y finó la cosa en que lo echó de casa. Desesperábase  
y arrabiábase el négoro diciendo que dónde metía agora la

manguera. Pero mamá cerróle la juntura, aunque más que  
a él dolíale, y rempujábale la puerta contra el morro, por-  
que más que a sí mesma amábalo. Largos días ploró el re-  
tinto de cuclillas en el umbral, mientras mamu en ángulo  
reto imitábalo tras la puerta. Y a la fin resinóse el hombre  
y sólo cadacuando apropiuábase para tocar un poco la  
cabecita de su hijito. Hasta que esfumóse el negro en la  
negra noche hermana del mundo.

Espasmosa y cavalcante salióle a mamoche la vida pasio-  
nal. Pues si el garbo de la artrosis y la viejez, el ojo infi-  
nito, asegurábanle donceles de toda calaña y formato, que  
caiban folminados como moscas a los sus pies, aquel fator  
de embalamadora forcsábala a recursarlos no bien veía  
que no aguantaban en lo dentro dellos el su invisible boril.  
Con lo que todo matrimonio limitábase a pocos polvos, que  
si acaso la preñez del feto y sanseacabó que te polverisas por  
el polvo poco y a los suelos te madrugas. Sofríase bastante  
con las tales bruscas entradas y partidas y adioses, decíanos  
la mamá. No durase casi nenguno más que el catinga. Y el  
solo que durara fuese por vengansa de madre. Aunque non  
fablara claro dello, barrunto que tratárase del mío padre,  
que non lo conosci nuenca, pues este castigado era desco-  
bridor como yo. Pues fijaos que una noche este hombre  
inquieta exploróle la asentadera y, descubierto que hubo el  
gollete, que no se lo habían hecho. Confidábanos mami que  
non era que non arregostárase con el introito aquele, pero  
acompañábase con la dolor y el confflito de la voluntade.  
Que ¿qué creíbase que no llamara antes de entrar, que no  
preguntara la temperatura local de la derechohabiente? Pro-  
crastinólo, memoraba meme con sonrisa torbia de picaradía,  
procrastinólo al temerario endemiente percudíase adentro



de manera grande. Si él quebrábale el culo, más que el culo quebrábale ella, que lo que haciale era agujero de la personalidad. E non relevó hasta que no perdiera la metad de la persona.

*Hermanita*

Crecíamos entanto los hermanastritos, que por junto éramos siete, una hembra y seis másculos. Deficoltades ahorrábansenos pocas, entredellas la mala hambre. Pues mamina con arrastrar la bola del feto, que veniale grande y, por el ángolo, rodábale una poca por los pisos, con arrastrar la bola, digo, con parir más luego y con atetar después al neonato, estábase quasisiempre cual feriado no laborable. Marido no abundaba, desque ella no retenialos y en veces que habíalo más valiere que no lo hubiese, pucs hasta de la poquedumbre hacíanse los tales maridos tragantona, sin nada jamás traer. Como éramos muy pequeñitos non podíamos laborar, bien que cuando arribóles la edad varios de mis hermanitos fogáronse, cual sus padres desvaneciéronse en los aires. Mendigábamos talora cualcún pan por las calles. Y mamán dirigía sus peticiones a los gobernantes del estado. Iba a golpear a la poerta del gobernante de turno para que la pensionasen por mérito esforcado. ¿Non era ella de alcurnia de pro? ¿Non tuviere marido senador, que era aquele que sólo comparesciase a la hora de la sena? ¿Non había donado a la patria oro, una cápsula dentaria que al pronto sustituyérase por otra de acero inosidable? ¿Non era una donadora de sangre que arrejontando sus monstruaciones, que no despilfarrándolas cual otras, había complido siete hijitos para el estado y los gobernantes? ¿Non tornaba a ofreser su propia sangre en las personas de

los tales hijitos, que estaba más que dispuesta a osequiar por separado o por junto a calesquier istitución que los quisiere para lo que le viniere en gana? Pensionáranla, cridaba, que en ella el mérito de harto regoldaba. Pero sin el éxito bueno aterminaron tales peticiones, más bien con el malo, pues comúnmente exturbábanla, o sea, como dice mingo revulgo, echábanla a patadas.

Donde madre brilló cual el rey astro en medio cielo fue en la nuestra edocación. Mirad si os digo de improviso que para evitar cada sospecha de pérvida descreminación, para grabar de golpe en nuestras almas niñas la humildad, la fraternidad coral, el humanitaresimo y virtudes otras, púsonos a todos los sus hijitos el mismo nombre de Dagoberto. Pásmaseos el aliento, ¿verdad? Y estáis ante un simple de-talle. . .

Frente a esos inormes interrogantes que levántanse en el piélagó de la vida edocativa cuemo barbáricas olas para hacer sosobrar en la confusión barcas de padres y madres e inclóido de aboelos y tíos, mamán tomaba siempre al toro por las astas y devolvíbaló ordeñado igual que abólica vaca rumiante.

Preguntadme, por ilostración, qué hizó con ese enima del seso, el candente y brulante ojeto que los padres quieren no tocar y tíranselo de las manos una y otra vez hasta lo cultar bajo la catrera, con lo que los hijitos no saben dende-luego qué se hacer con sus órganos y pianos, pitos y ujeros, que cualcunos creen hasta la tomba que sirven para plantar patatas solamente. Pues mami, saltando por sobre cualcún engañador oufemismo, mefiándose de la dubdosa embajada de calesquier fabla o palabra o símbolo, jabocónos diretamente a la acción! ¡Acción con ella, que sabíase bien la práctica y el muevimiento aqueles! Generosa y cúemo no,

la vieja dióle a la calistenia con cada uno de nosotros, ma-  
guer rechináranle las articulaciones de su descangallado  
esqueleto y calambrárasele la musculatura. Así, entre chi-  
lidos de dulce sorpresa nuestra y modulados aullidos de  
gostadora experimentada que era ella, tuvo las premias de  
todos nosotros. Mesmo la de Dagoberta, que estremesciase  
cual epilética mientras mamá trabajábale la hymen con el  
mango de un plumero. ¿Apreciáis lo sano para la alma y  
el cuerpo que era esto? Desfogarse del misterioso fuego del  
seso con la propia madre era garantía de limpieza y terneza.  
Aprender con creatura tan prócsima todos los muevemientos  
y posciciones que alargan el almíbar aquele era eludir el  
ridículo y la verguensa que luego suelen sofrirse. Nada del  
risco de la maladía del estraño. Nada de mancanzas y erro-  
res después. Nada de inorancia. Nada de pavura.

Al correr de esta relación podré sin dubda daros nuevas  
ilustraciones de la genialidad edocativa de mi mamita que-  
rida. Mas pásome a otro ítem agora, y sigo.

Y es que cuando desfondábase hasta los ochenta y cinco  
años másimos, desposcición que sobrecaíbale cada vez con  
mayor frecuencia y non ya a voluntade, cuando tal, digo,  
sentía demasiado cerca della el vientecico de la escura gar-  
lopa de la moerte y echábase a berrear y lacrimear, mani-  
festando que la vida habíale sido avara y cridaba:

— ¡Dagoberto!

Con lo que todos los polluelos al istante estábamos en su  
torno. Y ella quejándose de que, con su nobileza hacia los  
hommes, la vida habíale sido tacaña y avara y clamaba:

— ¡Dagoberto!

Tal vez sin alvertir, por el velo de la lágrima, que está-  
bamos allí, insistía resongando que la vida cortárale el pla-

cer al melésimo, que marchábase descomplasida. Y estonce  
recaíbale en la nostalgia de la su joventude de monaca y  
buscaba que le arrimásemos un bastón a las partes de la  
estrema, cual hacíalo la abadesa de las quinientas bojas.  
¿Cómo negarnos nosotros los sus hijitos a dar algo a una  
mamota que todo nos había lo dado? Al laboro poníamos.

◀ Laboro que era luengo. Pues causa que fuera que con la  
vejez mami no logoraba la concentración de las mientes  
necesaria para llevar el ato a su jacarandoso cúlmine de  
calorfrío, causa que fuera que por perita y esperta en tal  
acción sesual la vieja prolongábala hartamente para compen-  
sarse del relajo del senso antán no gosado, el caso que érase  
era que cada uno de sus polvos duraba horas y mesmo días.  
Que convolsionábase al pronto cual si el bastón causárale  
cosiquillas, que maullaba cual cata parida, que lansaba es-  
pumarajos por las bocas endemiente desmarríbansese los  
ojos, pero venirse de aquéllos picachos y montañas no se  
venía. Y cuán celosa de non dejáranos parar, que se le cor-  
taban las leches, amenazaba. Por ello tornábamos por turno  
con la bomba o bastón de bate y frega hasta que los brazos  
caíbansenos mortidos.

Contesciónos que varios de nosotros queremos praticar la  
acción con la nuestra madre, tanto por habitudine, que ella  
habíamos desvirigado, como por ustión en la propia verga y  
por ver si logorábamos que se viniese más pronto. Pero es-  
tonce a mamán aquele naturalidade repunábale, provocá-  
bale grande cólera y a puntapiés limpios rechazónos a todos,  
que ella estaba empeñada en el bastón que recordábale a la  
abadesa de la su joventude.

Peoróse la situación desque mami dióse a recordar al mi  
por mi sopuestó padre y al ujero que él rajárale en el culo  
de sentar, con lo que ya mesmo desvivióse para que con

otro palo le catáramos por ver si todaviba estaba. Ello con inormes recomendaciones de que no abandonásemos el laboro en la puerta de Occidente. Y así caesció que hubimos de establecer otro turno semultáneo en la puerta de Oriente, que era el culo que el mi padre abriera. Pero como la semultaneidad en los muevemientos de los dos equipos no era fácil de logorar, allá soliba andar la vieja por los aires en bisarra ginasia en la que navegaba tan pronto con el Occidente como proa, tan pronto con el Oriente en el mesmo lugar. Y ella por cualquier razón cridaba en forma notable.

Aquele ginasia en doble turno dejábanos mortidos no sólo de las estremidades sino del cuerpo entero, que la nostalgia de mamín por los polvos no espolvoreados y la juventude mostrábase incesante. Y los mis hermanastritos enclóida Dagoberta, que también laboraba de bastonera, encomensaron a mirarme fijo. Mirábanme porque dende la puericia más chequitita revelárame yo como espicialista en mecánicos arteficios. Echéme estonce a cavilar y más loego fabriqué un pequeño motore, que valióme el silencioso aplaoso de los mis hermanastritos. Y hétenos aquí que sin que la vieja mama supéctelo nos damos a utelizarlo en sustitución de uno de los equipos. Ved que descansamos una poca tirados por los suelos. Y mamín como si qué en su luenguíssima y espumarajosa bósqueda del polvo o ato a dos puntas. Pues el motore tiene tres velocidades, cada una más rápida, más, y al pronto retira el bastón que mueve y hace con él un pase o lambetazo sobre el ujero en cuestión y al pronto produce un sepillito que clávase en las carnes colindantes con placerdolor y al pronto desaparece hasta el mango en el ujero y ya muévase calmo, ya encabríbase de velocidad coal eroplano, un verdadero macaco bana-

nero. Y regalámonos los tornantes libres con la nuestra fiaca en una mar de tranquilidad sólo cruzado por los silbidos, ronroneos y latridos del espásimo sesual de madre. Cuando de improviso encomiensen a penetrar en nuestras orejas roídos insólitos, ternos y aullidos que manan de la boca de mamán. ¡Y esto non es por el ato! ¡Qué vemos! Una lengua de foego que sale del bastón y va a brular donde laborabá poco ha dulsemente, en la cajita de adelante, en la cajeta de mamá. Siéntese el olor a chamosquina endemiente la vieja se retorce. Aparamos el motore con grande velocidad. . .

Maguer el daño no fuese más que cualcuna ampolla y la depilación al foego de la pelosidade que, como sabéis, bordea la cajeta y todo órgano sesual, pelosidade por más que en el caso de mami teniba la color blanca sucia e non decoraba bien, maguer el mio arteficio hubiérase descompnido tras que ella provocáralo con un chorro de meada de la pis, debida quién dice si a la esitasión, maguer todos estos descargos el motore no pudo volver a ser utelizado dende que ella conoscíballo y poníase muy fula de sólo lo ver.

Cobróme mami a mí cierta ojericsa, pues edentificaba me como autor del arteficio, pero en su materna dulsura no me repremía más que clavándome a fondo en nalgas, brazos o nuca, cuando tomábame por sorpresa, el luengo gancho con que asojetábase el sombrerito. ¡Bondadosa mamucha! Mas mis hermanitos aseguían mirándome e me miraban. Mirábalos yo a mi turno sin descubrir qué se pasaba. E ellos miraban me de fijo. Estrujábame yo la sesera por trovar mágica o arte cualcún que aliviándolos en el laboro aliviara me de aquele mirar. Hasta que hízoseme un foego o chispa en el mate del serebro y descubrí sin cuento

la verdade simple y vera: a la madre nuestra debíamos le clausurar uno de los dos conductos con que ocupaba nos. Comunicado que hube tal trova magistral a mis hermanastritos, encomensó la puna de las opiniones dispares. Que uno era partidario de le tapar tal ujiero, que otro teníbase más simpatía o cariño al otro. E argumentábase que si oturáramos el culo qui zas si no tuviese agora que peer o mesmo cagar por la boca, con lo pastoso o rocoso que saliba aquele. E si cegáramos le la cajeta, temíamos que a caso pudiera afogarse con las aguas de la pis, que hay que premirar la práctica de tales arqueturas en un ser querido. Postreramente descidióse taponarle la cajeta por considerar no sólo que ofreciba menos risco desviar las aguas de la pis que los trenes de la caca, sino enclóido que esa era la cajita más rijosa de las dos, la que más laburo a nos daba.

Póngome estonce a la labor de combinare una cimientu que prienda y tape abastanza sin adolorar ni mellar mesmo la cajeta de la nuestra madre. Y porobo las sustancias más esóticas, dende la aserrín hasta la terra romana, pasando por la cola de carpenter. Pero la mescla más dina para la cimientu resolta una combinasción de cera y plombo, que debe servirse caliente para que lo duro del plombo se desimule bajo la maleabilidad de la cera e non hurte o joda las carnes. Atendemos agora a que la vieja nuestra madre se hunda cualcuna vez en el sopore. ¡Atención! Ahí está roncando sentada en ángolo lievemente agude. Dagoberto el mayor y Dagoberta vanse cabe ella e esparráncale una poca las estremidades inferiores, cosa que no la torba en el sopore por la grande habitudine de hacello. Apártanse todos, conteniendo la hálito en la aspetación. Yo aspeto todavía. Sostengo con las manos una lengua pértiga en cuya estremidade está el tapón de la cimientu con la forma uguale

uguale a la cajeta, humeando... ¡Atención! Hago avanzar con lentitude el tapón... Y ya, agora lo enchufe en la nera boca. Sospresivamente en una adormida, mami da un salto y soelta un berrido. ¡Qué raro! Muévome yo presto y repulju de nuevo, que la ocasión no es para perdella. Cójala en los aires, enchúfole el tapón de cimientu y otra vez aúlla mamucha y sepárase de la parte, que no la quiere non y dase con la nuca contra la rasocielo. E colábase agora, que le da el colaso, y desplómbase a terra equal que plombo.

Reconosco que de la mía parte hubo un errore de cálculo. Cacolé más pronto el rose y la percusión y el tajo, las heridas que joden del plombo, pero non cacolé la calor, que quemá. Ansí soflamósele a mami la parte en forma de concha, púsosele diz que verde con la quemadura.

Enchinchóse de veredade y buscaba nos matar. Tardó en nos perdonar. Sopra todo a mí. Tirábame grandes cochillos de cocina que clavábanse en las paredes junto a la mía cabeza. Colgaba ollas de la agua caliente para me quemar cuando entrara. Espolvoreábame la catrera con veneno para ratas e cocarachas. E yo lo sofriba por aquele errore. Tardó mucho en nos perdonar.

Pero perdonó nos a la fin y último. E non creáis a las linguas que por ahí dijeron que nosotros los sus hijitos fuimos los responsables de la su moerte, que la repuljamos moral o materialmente al más allá, que la finamos o que de cualquier manera ella hubiera se moerto para no sofrirnos. La veredade es que mamán morió de una petrada en plena fronte. Una petrada que descaragóle por caso un infante cuando ella saliba a comprarse un ramo de rabanitos a los que era afeta con mucho. Cualcuna otra cosa que se

mormore es malecdiscensia. Y de la malecdiscensia ¿vale la pena ocoparse? La nuestra genial mamucha non lo hubiera hecho. // → Fin histrio Madre

- Narrador sobre si mismo.

Yo en cuanto a mí mesmo, malgrado la felisidade de la vida en familia, dende el prencipio comperendí lo penoso de sere hombre humano. Pues vedrés que el mundo está lleno de ujieros donde podéis os caer. Non me rifiero a la cajita de maman, que aquele es el ujiero de donde diz que vine procalamando el llanto. Hablo del nero ujiero del mundo, lleno de ujierazos, al que venimos del ujiero de la matre. De ujiero en ujiero tombamos hasta la tomba, que es final y parla por todo. Que nada te sostiene y cada qué fállate. ¿Non era ujiero de duro fondo el que recebíame cascuna noche cuando el último de los Dagobertos apenetraba a rempujones en el leto haciendo retemblar a los Dagobertos intermedios, que no paraba hasta que yo caíbame de facha contra los suelos? ¿Non era ujiero espantáble el ujiero del guaterclosé o toaleta o telita en el que mis hermanitos punaban por haçerme desaparecer porque parecías más cómodo que el guaterclosé me chupara que dejarme que me quejiera por daños que ellos inferíanme? Sí a aquele marrón ujiero del guaterclosé recordárelo toda la vida. . .

Estas espierencias esperituales van os caragando el coerpo y la alma de adolores y moretones, que a la postre te los hacen sentir como que los tienes, que los tenías y no lo sabibas, el coerpo y la alma, digo. Caes te con el tal coerpo y la tal alma en el ujiero de la flesión en re, vamos, de la reflexión, y daste allí esquesitos porrasos.

Figuraos que hubimos patrastro, creo que el padre de Dagoberta, quien comentábanos que la vida non viene garatis y usábamos para que acompliéramos con servir. Érase hombre volominoso y prepotente, mas vencíballo sopra todo la angurria de las oiconomías que acababa en ferenético amarretismo. Pensad que si dejaba acrescerse la bigotes usaba una sola mitade diciendo que abastaba. E lo mesmo con la pelosidade de la cabesa, que la llevaba rapada al medio. Preocupábalo oiconomisar ienergias, cuantimás que era cartero de llevar la posta de puesto en puesto y corriba demasiado, por las estradas de la ciudad. Estonce en la nuestra casa el hombre no se mueviba ni que lo encendiaran, que se le fogaba la vitamina de la vida, decía. Y mamán se lo desimulaba, que tenía un débile por el su cartero. Pero maguer el patrastro aquele non hiciere niengún muevimiento afuera, el coerpo muevíasele por dentro. E Dagoberto el segundo encaragábase de recoger con las manos juntas lo que abajábase por el ujiero de las partes de atrás de sentar, endemientre que los otros hermanitos recogíamos las aguas de la pis, que el hombre era grande meador, y corriendo llevábamos todo al guaterclosé, sin gastarse utensillo ni cosa cualquier.

Coidábase prencipalmente el cartero de los pies de la base, pues piesábaselos en eceso en el su oficio. Y en la preocupación por aquele finistierra del su coerpo usábame a mí en más para por la nocte se los calientar. Metíbame ansí bajo liensos y fresadas hasta le cobrire los pes con el mi coerpito. Enforescíase el cartero hasta fosforescer en lo escuro si por cualcuna razón yo no me pelegaba bien a las sus patas. E golpeábame con una tranca, con la que dormía cabe sí, para que me le amoledase. E golpeábame